

bres del gobierno, hubo en cambio otros que ni hicieron aprecio de ellas ni hubo medio de hacérselas cumplir. Por lo demás estas leyes, mas bien que otra cosa, causaron un perjuicio que hubiera sido mucho mayor á no haberse resuelto la supresion de aquellas, porque á los hombres no les gusta hacer sacrificios sin esperanza de obtener el fruto de ellos.

La confiscacion y venta de los bienes de los Tories produjo muy poco para el tesoro público, pues las ventas se hicieron generalmente á crédito y por la progresiva depreciacion, lo que era caro al hacerse la compra, era muy barato al verificarse el pago. Al terminarse la guerra, vióse por otra parte cuan malos resultados se obtenian de las diversas leyes que dictaron los Estados anteriormente, sobre todo la que disponia que las letras se considerasen como dinero corriente, tratándose de satisfacer deudas contraidas con la condicion de pagar en oro ó plata.

Cuando se adoptó primeramente esta medida era injusta, porque en aquella época el valor de las letras se cotizaba á la par con el oro ó la plata, pero cuando mas adelante empezó á bajar el valor del papel el caso era distinto, resultando que ciertas leyes, inocentes en un principio, se convertian en injustas é inconvenientes.

Los hombres de edad avanzada que se habian retirado de la vida activa para disfrutar del fruto de su trabajo vieron bien pronto agotarse sus recursos sin quedarles apenas lo necesario para atender á su subsistencia; la pobre viuda que en otro tiempo vivia cómodamente con el legado de su difunto esposo, vióse reducida á la mayor escasez porque las leyes la obligaban á recibir un *shillings* cuando se la debia una libra esterlina; la cándida niña que habia nacido con un indisputable derecho á disfrutar de un estenso patrimonio, fué legalmente despojada de todo menos de sus encantos y virtudes; el huérfano desvalido, en vez de recibir de su apoderado una cantidad suficiente para establecerse, tuvo que ceder de sus derechos, y en muchos casos los ahorros de una larga vida de continuo trabajo quedaron reducidos á una insignificante suma. Pocas personas pudieron escapar de estas calamidades, trasladando á otra parte sus bienes ó huyendo del punto donde se hallaban sus acreedores, pero debemos consignar que los males que resultaron de las diversas medidas adoptadas por el Congreso y los Estados respecto al papel moneda, fueron mas bien hijos de la ignorancia que del deseo de perjudicar á nadie.

Hasta el año 1780, cuando las letras se cotizaban á razon de cuarenta por uno, se creyó por los hombres de gobierno y hasta por la mayoría del pueblo de América que todo el papel puesto en circulacion se reduciría luego, apreciándolo por el valor que representase, cuando se descontara por oro y plata; pero tanto en este como en los demás asuntos de gobierno los americanos procedieron desacertadamente por ignorancia, si bien los mayores perjuicios recayeron siempre en las negociaciones que se relacionaban con el dinero.

Tales fueron los males que resultaron del papel moneda, mas no obstante debemos convenir que este produjo un gran beneficio á muchos y que fué en todos tiempos

el auxilio del pobre. Cuando era corriente pagábanse puntualmente toda clase de trabajos, y en los primeros años de la guerra á nadie le faltó ocupacion y á ningun empleado dejaron de gratificársele sus servicios, debiendo observar que aquella clase de gente que vivia de su trabajo diario no tuvo que sufrir las consecuencias de la depreciacion, pues como gastaban su dinero tan pronto como lo recibian, no perdian nada en el cambio, en tanto que á los ricos y personas acomodadas sucediales lo contrario. Seguramente que ninguna ley agraria tuvo nunca tanta aplicacion como el papel continental. Los pobres se hicieron ricos y estos llegaron á ser pobres; los prestamistas y todos aquellos que por sus circunstancias tenian crédito salieron muy perjudicados, pues cuando aquel bajaba sufrían la misma suerte sus capitales, mientras que las personas activas é industriosas se indemnizaban igualando el precio de sus servicios con el precio corriente del papel. La esperiencia que se adquirió en aquella época sirvió para inculcar en los jóvenes lecciones saludables, haciéndoles comprender lo inconveniente que era contar con los bienes paternos, y la necesidad por lo tanto de trabajar para si. A los que tenian deudas erales fácil satisfacerlas si contaban con alguna propiedad de cualquiera clase; todos los efectos que se llevaban á vender á la plaza encontraban comprador al momento si eran de alguna utilidad; con un cerdo ó dos pagábase un esclavo; con un poco de ganado comprábase una casa cómoda, y un buen caballo satisfacía el precio de una plantacion. Para el pobre y el deudor realizáronse los sueños de la edad de oro, pero desgraciadamente lo que estos ganaban lo perdian los otros. Los males de la depreciacion no terminaron con la guerra, puesto que se han transmitido hasta nuestro tiempo; y no se crea que el verse privados muchos legislativamente de sus bienes fuese el mayor de los perjuicios ocasionados por la depreciacion del papel, pues la iniquidad de las leyes estravió á muchos ciudadanos haciéndoles perder su amor á la justicia.

El carácter de las obligaciones cambió de tal modo que el hombre mas honrado, sujetándose á los principios que venian observándose, dejaba de pagar puntualmente sus deudas; y las leyes que el gobierno dictara para que nadie faltase á la honradez en las operaciones comerciales se desatendieron por completo. La verdad, el honor y la justicia fueron atropelladas por la iniquidad legal, y aun no han recobrado su primitivo vigor. El tiempo y la industria han reparado en gran manera la pérdida de los bienes que los ciudadanos defendieron durante la guerra, mas no han conseguido borrar del todo aquellos principios, ni es de esperar que así suceda hasta que se produzca una nueva generacion que ignore las iniquidades de sus padres.

Tal es el lenguaje con que se espresaba el Dr. David Ramsay, aquel excelente patriota, hace setenta años. No hemos alterado una sola palabra de lo que escribió, y recomendamos sus observaciones á la consideracion de aquellos á quienes gusta leer la historia de su patria y aprovecharse de ella.

## CAPÍTULO VII.

1780.

### LA CAMPAÑA DE 1780.

Sir Enrique Clinton marcha al Sur.—Total de sus fuerzas.—Sitio de Charleston.—Lincoln se ve precisado á rendirse.—Medidas de Clinton.—Actividad de Cornwallis.—El coronel Buford es derrotado por Tarleton.—Proclama de Clinton.—Cornwallis en el mando.—Sus planes.—Estado de los asuntos en el Sur.—Empresas de Sumpter.—El pueblo empieza á cobrar ánimo.—El Congreso confia á Gates el mando en el Sur.—Sus operaciones.—La batalla de Camden.—Derrota y fuga de Gates.—Le reemplaza Greene.—Conducta de Cornwallis.—Derrota de Ferguson en King's Mountain (Montaña del rey).—Los guerrilleros de Sumpter.—Las señoritas rebeldes.—Patriotismo de las mujeres de aquella época.—Lord Stirling ataca á los ingleses en la isla de Staten.—Conducta de los oficiales de Jersey.—Operaciones de Knyphausen.—Lafayette vuelve á América.—Se esperan refuerzos de Francia.—Lentitud del Congreso y los Estados para suministrar sus contingentes.—Carta de Washington al Congreso.—Patriotismo de los ciudadanos de Philadelphia.—Apuros de Washington.—Llegada de la flota francesa.—Disgusto del comandante en jefe.—El traidor BENEDICTO ARNOLD.—Causas que le indujeron á serlo.—André.—Captura de André.—Fuga de Arnold.—Se descubre su traicion.—Causa y condena de André.—Su ejecucion referida por el Dr. Thacher.—Washington reconoce la intervencion de la Providencia.—Cuarteles de invierno.—Apéndice al capítulo VII.—Narracion de las aventuras del sargento Champe, por Lee.

Habiéndose marchado D'Estaing con su flota, segun ya hemos dicho anteriormente, resolvió Sir Enrique Clinton emprender de nuevo las operaciones en el Sur, y confiando al general Kniphausen el mando de Nueva-York, embarcóse á fines de diciembre de 1779 para Savannah, con siete ú ocho mil hombres, un cuerpo de caballería y considerable cantidad de víveres. Sin embargo, poco despues de haberse hecho á la vela estallaron fuertes tempestades que dispersaron la flota de Clinton, averiándola de tal modo que uno de los buques se fué á pique, otro cayó en poder de los americanos y perecieron casi todos los caballos. Hasta el 31 de enero no pudieron reunirse en Tybee, en Georgia, los restos de la expedicion.

El jefe inglés esperaba que podria atacar la capital de la Carolina del Sur antes de que hubiese tiempo de preparar la defensa, pero como Clinton tuvo que detenerse en la costa de Georgia para reparar sus averias, los carolinos tuvieron tiempo de tomar las oportunas medidas contra el ataque que les amenazaba. El general Lincoln y el gobernador Rutledge hicieron todo cuanto les fué posible para poner la ciudad en estado de defensa, pero tuvieron que luchar con tantas dificultades, tales como la falta de tropas, la poca voluntad de la milicia, el temor á la viruela que afligia entonces á Charleston y la falta de fondos y refuerzos que debia mandar el Congreso, que vieron era imposible impedir la llegada de los ingleses. A pesar de todo esto pusiéronse á trabajar seiscien-

tos negros dirigidos por ingenieros franceses, por cuyo medio se levantaron fortificaciones casi formidables, y si Lincoln hubiera podido disponer de los nueve mil hombres que se le prometieran, en vez de verse reducido á los tres mil que mandaba, es indudable que habria defendido á Charleston resistiendo el ataque de los ingleses.

El dia 11 de febrero Clinton desembarcó en la isla de Juan, á treinta millas al sur de Charleston, y si entonces hubiera marchado rápidamente sobre la ciudad, de creer es que habria entrado en ella sin encontrar mucha oposicion; pero recordando sin duda cómo fué rechazado en 1776, procedió entonces con la mayor prudencia. Así pues, encaminóse por las islas de San Juan y San Jacobo, mientras que parte de su flota avanzaba para bloquear el puerto, envió á buscar refuerzos á Nueva-York, dispuso que el general Prevost se uniese á él con mil cien hombres procedentes de Savannah, y no descuidó en fin nada absolutamente para asegurar el éxito.

Entretanto el gobernador Rutledge, despues de reunir una especie de consejo á fin de consultar lo que debia hacerse, fué revestido de la autoridad necesaria para hacer todo aquello que juzgara conveniente en favor del bien público, escepto castigar con la pena de muerte á ningun ciudadano sin formarle la debida causa. Una vez que la Asamblea hubo delegado en el gobernador estos poderes hasta su próxima sesion, suspendió sus tareas, y Rutledge hizo entonces cuanto le fué posible para salir airoso del apuro, si bien no lo consiguió mas que en parte.

Mientras que los americanos tomaban estas disposiciones, Clinton mandaba erigir fuertes, estableciendo almacenes en diversos puntos y las debidas comunicaciones entre

mar y tierra. Como habian perecido en el viaje todos los caballos traídos de Nueva-York, el teniente coronel Tarleton, oficial de caballería que adquirió una reputacion, no muy envidiable por cierto, marchó á Port Royal Island (Isla de Puerto Real), donde ya por fuerza, ó bien pagando, tuvo la suerte de reunir un considerable número de caballos para sus dragones, y de este modo, hácia fines de marzo, hallábase preparado todo para comenzar el sitio de Charleston, no estando los ingleses separados de la ciudad mas que por el rio Ashley.

En la noche del 1.º de abril Clinton se acercó á ochocientas varas de las obras de los americanos. Las fortificaciones de Charleston se habian construido bajo la direccion de Mr. Laumoy, ingeniero francés de reconocida fama, y aunque no á propósito para resistir un sitio regular, no eran de ningun modo despreciables, por lo cual el jefe inglés dispuso se hicieran los aproches en debida forma. Entretanto la guarnicion recibió un refuerzo de setecientos hombres de las tropas continentales, al mando del general Woodford, con lo cual llegó á componerse la guarnicion de poco mas de dos mil hombres de tropas regulares, mil de la milicia de la Carolina del Norte y los ciudadanos de Charleston. El gobernador Rutledge hizo los mayores esfuerzos para alistar á toda la milicia provincial, mas no consiguió reunir sino doscientos hombres.

El dia 9, aprovechándose el almirante Arbuthnot de un fuerte viento del Sur, pasó por delante del fuerte Moultrie y ancló luego al alcance de los cañones de Charleston, despues de haber sufrido un nutrido fuego que averió algo los buques, matando ó hiriendo á veinte y siete hombres. Terminada la primera paralela y habiendo formado entre los dos rios una línea oblicua de seiscien-

tas á mil varas distante de las obras de los americanos, Clinton dispuso que se montaran los cañones en batería, y reuniéndose luego con el almirante, intimó la rendicion al general Lincoln. La contestacion de éste, tan modesta como firme, fué la siguiente: «Ya hace sesenta dias que se conocen vuestras intenciones hostiles contra esta ciudad, y en ese tiempo ya hubiéramos podido abandonarla si el deber y la dignidad no nos indujeran á defendernos hasta el último trance.»

La única comunicacion que tenian los americanos con el campo estaba protegida por dos regimientos de caballería á las órdenes del general Huger y del coronel Washington, estacionados en Monk's Corner, fuerte posicion á la que servia de defensa un arrecife; y siendo muy importante apoderarse de aquel punto, Clinton destacó con este objeto al teniente coronel Webster, uno de sus mejores oficiales, disponiendo le acompañasen Ferguson y Tarleton. Conducidos por un negro, á quien habian capturado á las tres de la mañana del 14 de abril, los ingleses cayeron repentinamente sobre los americanos, causando en ellos tal destrozo, que difícilmente pudieron escapar Huger y Washington á favor de la oscuridad, despues de dejar en poder del enemigo cuatrocientos caballos muy buenos y una considerable cantidad de armas y pertrechos militares. De este modo los defensores de Charleston se vieron completamente cercados mientras que el enemigo recorría todos los alrededores del pais.

Evacuar pues la ciudad era punto menos que imposible, y en su consecuencia, el 20 de abril ofreció Lincoln capitular bajo ciertas condiciones que fueron desechadas por Clinton. El dia 7 de mayo rindióse el fuerte Moultrie sin disparar un solo tiro, y

viéndose así la ciudad completamente rodeada, perdiéronse las últimas esperanzas de recibir refuerzos, y la guarnicion y los habitantes quedaron abandonados á sus propios recursos. Fatigadas las tropas por sus incesantes trabajos no pudieron defender las líneas; quedaron desmontados muchos cañones, agotáronse casi del todo las municiones y no tardó en suceder lo mismo con los víveres. Entretanto los sitiadores se aproximaron mas y mas á las obras defensivas de la ciudad; acercábase el momento del asalto, muy peligroso para la guarnicion y los habitantes, y al ver cuán críticas eran las circunstancias, el general Lincoln reunió un consejo de guerra, el cual acordó que se capitulase, proponiendo entregar la ciudad y guarnicion con tal que la milicia y los ciudadanos armados no se considerasen como prisioneros de guerra y se les permitiera volver á sus casas sin molestarles. Los ingleses sin embargo no aceptaron semejantes condiciones, y en su consecuencia rompiéronse de nuevo las hostilidades y se hicieron preparativos para dar el asalto inmediatamente, pero entonces los ciudadanos que antes se opusieron á la retirada de las tropas pidieron á voces la rendicion, y en tan apurado caso, el general Lincoln ofreció al fin entregar la plaza con las condiciones que impusiera Clinton en un principio. Aceptada la oferta, firmóse la capitulacion el dia 12 de mayo.

Segun lo estipulado en esta, la ciudad con sus fortificaciones, los barcos, la artillería y todos los almacenes militares debian ser entregados tal como se hallasen, y la guarnicion, compuesta de las tropas continentales, milicia, marineros y ciudadanos que habian hecho armas durante el sitio, serian considerados como prisioneros de guerra, debiendo además salir de la ciudad para de-

positar sus armas en frente de las obras de defensa. Permitíaseles no obstante que conservasen sus banderas y no se les exigía que tocaran la marcha inglesa, pero imponíase la condicion de que las tropas continentales y los marineros fueran conducidos al punto que se designara, donde debían permanecer hasta que se hiciera un canje de prisioneros; la milicia podría volver á sus casas bajo palabra; concedíase á los oficiales la gracia de conservar sus armas, bagajes y criados, y aun se les permitía vender sus caballos con tal que no los sacasen de Charleston, prohibiéndose por último molestar á los ciudadanos ó particulares. Además de esto se puso un buque á disposicion de Lincoln para que enviara sus despachos á Philadelphia.

De este modo, despues de un sitio de cuarenta dias, la capital de la Carolina del Sur cayó al fin en poder de los ingleses. Siete generales, diez regimientos continentales y tres batallones de artillería, componiendo en todo un total de cinco mil hombres, todos prisioneros de guerra, dieron señalada importancia á esta victoria; y si á esto añadimos cuatrocientas piezas de artillería de todos calibres, una gran cantidad de pólvora y gran número de balas y bombas, así como tambien tres grandes fragatas americanas y dos buques franceses, todo lo cual quedó en poder del vencedor, veremós que no fué escasa la importancia de la conquista. Censuróse mucho al general Lincoln por aquel triste resultado, pero creemos que injustamente, pues bajo semejantes circunstancias no pudo hacer mas de lo que hizo. Si hubiera recibido auxilios oportunamente, es indudable que las cosas hubieran pasado de otro modo.

Apenas hubo tomado Clinton posesion de Charleston, apresuróse á dictar todas aque-

llas medidas tanto civiles como militares que juzgó oportunas para el restablecimiento del orden público, tomando luego sus disposiciones para recobrar el resto de la provincia. Resuelto á llevar á cabo sus planes antes que su gente se resfriara ó que el enemigo recobrase el ánimo, proyectó tres expediciones: una hácia el rio Savannah en Georgia; otra á Ninety-Six, mas allá de Saluda, ambas con el objeto de reunir á los realistas, muy numerosos en aquellos puntos, y la tercera por último estaba destinada á recorrer el pais entre Cooper y Santee á fin de dispersar un cuerpo de republicanos que, conducidos por el coronel Buford, se iban retirando á marchas forzadas hácia la Carolina del Norte. Las tres expediciones dieron el mejor resultado, pues todos los habitantes salieron al encuentro de las tropas reales, declarando que deseaban contraer la antigua alianza, en prueba de lo cual ofrecían defender la causa real con las armas en la mano. Hasta llegó el caso de que muchos habitantes de Charleston, escitados por las proclamas del general inglés, manifestasen el mayor deseo de combatir bajo sus banderas. Lord Cornwallis, despues de haber barrido las dos orillas del Cooper y atravesado el Santee, se hizo dueño de Georgetown, y tal era el afecto, ya real ó fingido, que demostraban los habitantes hácia el rey, tal su terror ó el deseo de congraciarse con los vencedores, que no contentos con presentarse en todos los puntos para ofrecer sus servicios en favor del gobierno real, llevaron tras sí como prisioneros á los amigos de la libertad, á quienes antes obedecían y llamaban entonces sus opresores.

Entretanto el coronel Buford continuaba su retirada aceleradamente y parecia casi imposible que se le pudiera alcanzar, mas á pesar de esto, Tarleton ofreció intentarlo

prometiéndole conseguir su objeto. Entonces Cornwallis puso á sus órdenes un fuerte destacamento de caballería y unos ochocientos hombres de infantería ligera, y tan rápida fué la marcha, que el 28 de mayo llegó Tarleton á Camden, donde supo que Buford habia salido de dicho punto el dia anterior é iba retirándose con la mayor celeridad á fin de reunirse con otro cuerpo de tropas que marchaba desde la Carolina del Norte. Conociendo Tarleton cuán importante, era impedir se reuniesen aquellos dos cuerpos de tropas y á pesar del cansancio de los hombres y de los caballos, muchos de los cuales habian perecido de fatiga, redobló el paso, y al fin despues de una marcha de cincuenta y cinco horas, durante las cuales recorrió ciento cincuenta millas, alcanzó al enemigo en un sitio llamado Waxhaws. Tarleton intimó á los americanos á que depusieran las armas, pero estos respondieron que estaban dispuestos á defenderse, y el coronel Buford, formando en orden de batalla sus tropas, compuestas de cuatrocientos hombres de Virginia y un destacamento de caballos, estendióse en una línea y dispuso que su artillería y bagajes continuasen marchando á la retaguardia; luego mandó á su gente que no hiciera fuego hasta que la caballería inglesa se hallara á veinte pasos de distancia. Tarleton no quiso perder tiempo en hacer preparativos, sino que, cargando inmediatamente á los americanos, quienes solo opusieron una débil resistencia, hizolos retroceder y los persiguió vigorosamente, haciendo en ellos una espantosa carnicería. La victoria fué completa; todos los que no quedaron muertos en el campo, cayeron heridos ó prisioneros, y tal era la rabia de los vencedores, que mataron á muchos de los que ofrecían rendirse. Los americanos recordaban luego aquel combate con horror, y la

frase el *cuartel de Tarleton* llegó á ser muy significativa para recordar el modo de guerrear en aquella época. Todo cayó en poder de los ingleses, y acto continuo Tarleton volvió á Camden para reunirse con Cornwallis quien ensalzó su actividad y denuedo, dándole las mas espresivas gracias por el servicio que acababa de prestar.

A fin de asegurar la completa sumision de aquella parte del pais, estacionáronse cuerpos de tropas en varios puntos y se adoptaron medidas para reorganizar la administracion civil del Estado; y tan convenido estaba Clinton de la sumision del pais y de los habitantes, ó de su imposibilidad de resistirse, que en 3 de junio publicó una proclama, en la cual despues de esponer que todos debían tomar una parte activa para apoyar al gobierno del rey, librando así al pais de la anarquía que hasta entonces reinara, concedía entera libertad á todos los prisioneros, escepto á los cogidos en Charleston y el fuerte Moultrie, devolviéndoles todos los derechos de ciudadanos. Hecho esto, declaró que los que no aceptasen la alianza serían considerados como enemigos y rebeldes.

Esta proclama era tan injusta como inconveniente, pues suponíase en ella que los habitantes de aquellas provincias eran rebeldes sometidos á quienes por un acto de clemencia se les restituían sus privilegios y derechos de ciudadanos, no advirtiéndose de que por espacio de muchos años fueron independientes y que solo la suerte de la guerra pudo darles el carácter de patriotas ó rebeldes. Debió haberse previsto claramente que semejante proclama solo iba á servir para despertar los sentimientos y alejar el afecto de aquellos á quienes iba dirigida, y no se tomó en cuenta que muchos colonos se habian sometido solo con la secreta esperanza de verse libres del penoso servicio que hasta